



FIN DE CICLO: POLÍTICA Y DEMOCRACIA EN TIEMPOS DE MIEDO

Pablo Bustinduy*

21 de diciembre de 2023

Resumen

Este artículo plantea una reflexión sobre el auge contemporáneo de formaciones y movimientos políticos antidemocráticos, poniendo el foco sobre la sensación de inestabilidad y malestar que les sirve como clima político de fondo. Una reafirmación democrática, sostiene el artículo, no vendrá inspirada por el miedo ni por la simple reafirmación de lo existente, sino que requiere abordar las causas profundas de esa inestabilidad percibida: la desigualdad, la precariedad y la vulnerabilidad eco-social que caracterizan las sociedades contemporáneas. En consonancia, se presenta una serie de consideraciones relativas a la conformación de un nuevo imaginario democrático por medio de la recuperación, la adaptación y el refuerzo de la idea de bienestar que sirvió como horizonte ideológico a los movimientos progresistas del siglo XX.

Introducción

Tras años de titubeos, el diagnóstico se ha hecho finalmente ineludible: la emergencia climática representa la principal amenaza que pende sobre el futuro de la democracia. En 2023, la realidad ha acabado torciendo el brazo de quienes habían preferido hasta ahora contemporizar o mirar hacia otra parte. Vivimos un tiempo de profundización acelerada del cambio climático: semana a semana se van batiendo los registros conocidos de la temperatura del planeta; las anomalías térmicas en los océanos no conocen precedentes; se suceden los episodios de sequías, incendios colosales, gravísimas inundaciones; las olas de calor revelan la falta de preparación de las ciudades y generan efectos en cadena

sobre la cadena alimentaria y los sistemas energéticos a nivel global (Mackenzie y Sahay, 2023). Los científicos que siguen la evolución de estos procesos han dado la voz de alarma: la ventana de oportunidad para prevenir el cambio climático se ha cerrado, y en adelante tendremos que centrarnos en mitigar sus efectos sobre nuestras sociedades y en adaptar la vida a un medio natural cada vez más hostil y con una evolución impredecible y desconocida (Charbonnier, 2022).

Debemos hacer esto, además, en un escenario internacional extraordinariamente difícil. La globalización está en crisis, sacudida aún por los desajustes causados por la crisis sanitaria en estos últimos años. La

* Doctor en Filosofía por la New School for Social Research de Nueva York. Ha ejercido como investigador y profesor de Filosofía, Relaciones Internacionales y Políticas Sociales en varias universidades estadounidenses y europeas,

incluyendo el City College de Nueva York, New York University y la Universidad de Milán. Este artículo se cerró en septiembre de 2023.

lucha hegemónica entre Estados Unidos y China amplifica esos efectos, traduciéndolos en guerras comerciales y tecnológicas, convirtiendo las cadenas globales de valor en objeto de disputa, y cualquier coyuntura política o territorial en un potencial conflicto geoestratégico (*Financial Times*, 2023). Los conflictos entre Estados se multiplican y se enquistan, como hemos visto en la guerra de Ucrania, debilitando las capacidades del multilateralismo democrático y profundizando en la erosión del derecho internacional (Ghiretti, 2023). A ello se suman las tensiones migratorias y financieras, las disputas por los recursos naturales, la aceleración de la carrera armamentística, etc.

Mapear la evolución de estas múltiples tensiones se ha convertido en un ejercicio cada vez más complicado. La razón es que todas estas crisis no solo están relacionadas, sino que interactúan y se retroalimentan entre sí, lo que hace que la solución a cada una de ellas se haga cada vez más compleja (Tooze, 2022). Esta es la paradoja que marca el ciclo político en que vivimos: la magnitud de los desafíos globales se multiplica, pero la capacidad de hacerles frente de forma coordinada y concertada no solo no avanza, sino que se reduce en un mundo cada vez más marcado por la incertidumbre, la imprevisibilidad y el desconcierto (Ferrajoli 2022). Indudablemente, ese mundo presenta una serie de enormes desafíos para el futuro de las democracias a lo largo y ancho del planeta.

El malestar democrático

Es evidente que este tiempo desquiciado ha resultado fértil para el discurso antidemocrático, que se centra en prometer seguridad por la vía autoritaria. La promesa de

protección y estabilidad, la idealización de un pasado armónico, no contaminado por el desorden del presente o las amenazas del futuro, están en el centro mismo de lo que se ha venido llamando la “ola reaccionaria”. El avance de las fuerzas ultranacionalistas, xenófobas y autoritarias a lo largo y ancho del planeta es en cierto modo una respuesta a la inestabilidad percibida, un gesto instintivo de respuesta ante la magnitud de los problemas que enfrentamos (ver, por ejemplo: Rodrik, 2017; Gabriel, Klein y Pessoa, 2022). El discurso antidemocrático aporta una explicación a esos fenómenos globales, para los que promete una respuesta firme, adaptada en cada caso a las claves propias de la política nacional (Normal Smith y Hanley, 2018).

Un aspecto esencial de la construcción del discurso reaccionario tiene que ver con la articulación de un *otro* sobre el que debe recaer la responsabilidad por el declive percibido de la vida patria. Migrantes, feministas, personas LGTBI, globalistas, apóstoles de la religión climática, científicos que revelan el funcionamiento del cambio climático o de los virus que amenazan a la población... Cada una de estas identidades sirve para construir un antagonista abstracto, contra el que es posible desarrollar un discurso político capaz de capturar la agenda, identificar culpables y generar por oposición identidades políticas fuertes y excluyentes (*El País*, 2023). Como en las teorías del complot y la conspiración que colapsan las redes sociales, no es la verosimilitud de las denuncias lo que determina el éxito y la vigencia de estos discursos, sino su capacidad de vertebrar y cohesionar socialmente identidades que, en ausencia de instancias positivas de

afirmación, solo sedimentan en torno a la idea de amenaza.

Pese al carácter alucinatorio de muchos de estos discursos, la imagen del mundo que dibujan entronca con un cierto espíritu de época. Esa imagen responde a dos instintos igualmente poderosos en las sociedades reactivas de nuestro tiempo: el aislamiento y la negación. Frente a un mundo en redefinición, sin certezas ni horizontes claros, aparece la promesa de un repliegue sobre un pasado sencillo, homogéneo, ordenado (Brown, 2019). Frente a la complejidad de las múltiples crisis que nos acechan, la solución del discurso antidemocrático es negarlas: atribuirles a una conspiración, identificar un enemigo, declararle la guerra. En ese doble movimiento reside la fuerza de su mensaje. También la clave de su éxito y el mayor peligro que representan (ver, por ejemplo: Latinobarómetro, 2023).

¿Cómo contraponer una alternativa a este repliegue tan violento como impotente? ¿Cómo desactivar el *antagonismo por abajo* que se apropia de la esfera pública, de la conversación política, de la imaginación misma del futuro en las sociedades democráticas? ¿Cómo disipar el miedo que sirve como combustible político para los repliegues identitarios, para la tentación autoritaria, para el avance constante de esa ola reaccionaria?

A menudo, este problema se ha entendido como una cuestión de racionalidad política, como si bastara con desmentir públicamente cada una de las mentiras o las conspiraciones que sustentan el discurso autoritario, o como una cuestión meramente afectiva, como si el miedo sobre el

que se asienta el auge de las opciones destro-populistas pudiera ser combatido con otro tipo de miedo: el temor a la involución democrática que estas fuerzas representan. En el primero de los casos, estaríamos ante una reedición de la contraposición clásica del liberalismo ilustrado frente a las pasiones populares e irracionales, que se apropian de la esfera pública hasta subvertirla. En el segundo, ante una epidemia de desgaste o de fatiga democrática, como si las sociedades democráticas contemporáneas hubieran perdido la capacidad ideológica de generar adhesiones y horizontes de motivación, especialmente entre las generaciones más jóvenes.

Ambos enfoques, sin embargo, comparten una misma miopía ante el motor de esas pasiones reaccionarias que se articulan como amenaza; ambas se centran en el *cómo* y pierden de vista sus *por qué*s. Mientras tanto, la erosión de los cordones sanitarios y el crecimiento sostenido de las fuerzas antidemocráticas conducen a una conclusión cada vez más ineludible: en ausencia de un cambio real en las aspiraciones y las expectativas depositadas en la política, ni el miedo ni la defensa de lo existente serán suficientes para disipar los males presentes de la democracia.

Lógicas de bienestar

La cuestión clave es reconocer el *origen* de esos males, que no es otro que la incapacidad de responder a las preguntas propias de este tiempo desquiciado. El gran desorden de la globalización en que vivimos — que no es un hecho coyuntural, sino el solapamiento de profundas transformaciones climáticas, geopolíticas, económicas y sociales que marcarán el resto de nuestras vidas— ha traído una serie de nuevas

demandas que, todavía apenas articuladas, están enteramente por responder (Pedersen, 2019).

Es conocido un ejemplo que se cita a menudo para ejemplificar una paradoja democrática de nuestros días. Sabemos que el impacto del cambio climático sobre las condiciones de vida y las formas del trabajo es extraordinariamente asimétrico: nuevas desigualdades creadas por las políticas de transición energética y productiva; falta de preparación de los sistemas de protección social, especialmente en las regiones más vulnerables; inadecuación de los sistemas fiscales para abordar las enormes desigualdades de renta y de riqueza; falta de capacidades estatales para tutelar y dirigir el cambio de modelo productivo, etc. (ver, por ejemplo: Milward-Hopkins, 2022). Y, sin embargo, los sectores poblacionales más vulnerables y expuestos a los efectos de la crisis climática, que son además los menos responsables de haberla causado, suelen ser también quienes más se oponen a las políticas de transición, que por sus defectos de diseño les suponen una serie de costes inmediatos y desproporcionados.

En este tipo de malestares se sustenta parte del apoyo popular a partidos y movimientos negacionistas de la emergencia climática, que mientras tanto avanza profundizando sus efectos asimétricos y multiplicando las diferencias de clase. Nos guste o no, el hecho es que muchas políticas desplegadas para hacer frente a la amenaza ecológica y social que supone el cambio climático son percibidas por amplios sectores de la población como un factor más de inestabilidad e inseguridad económica, y no como un antídoto o una solución a las

mismas. Visto desde esta perspectiva, es completamente lógico que las promesas de orden, seguridad y protección frente a un mundo concebido como amenaza calen entre quienes se ven más afectados por las transformaciones en curso. Claro que esa promesa no hace *nada* para limitar el malestar del que se alimenta: más bien al contrario, solo sirve para profundizarlo.

En ausencia de soluciones reales, el potencial de desestabilización política de esta espiral de daño y malestar es enorme. En una era marcada por la incertidumbre y la turbulencia, de hecho, la promesa de un orden social estable, también las ideas de control y de protección social, se convertirán sin duda en uno de los ejes centrales de la disputa política a futuro (Gerbaudo, 2021). Para las fuerzas progresistas, poco dadas a moverse en el campo hobbesiano de la estabilidad, la seguridad y la protección frente a las amenazas inmediatas, la única manera real de incidir en esa disputa es ofrecer no solo un discurso, no solo una idea alternativa de estabilidad y de cohesión frente a la incertidumbre, sino también una serie de *garantías* de que la sociedad futura implicará una mejora tangible de las condiciones de vida de las mayorías.

En el fondo, no se trata de otra cosa que de repolitizar la idea de bienestar, que vertebró gran parte de los imaginarios democráticos en la segunda mitad del siglo XX. Considerada desde una perspectiva ideológica, la idea de bienestar remitía constantemente al tiempo, a la certeza de que el horizonte traería progreso y una mayor capacidad de actuar, de crecer, de redistribuir los recursos y las oportunidades, y de mejorar por tanto los niveles de vida generales de la población. Hoy, esas certezas se

han poco menos que disipado, pues los mecanismos de futurización sobre los que se apoyaban han dejado de funcionar. Ya no se da por sentado que el tiempo contribuirá a mejorar las posiciones y las trayectorias de vida; más bien al contrario, el futuro es causa de un temor frente al que se busca protección. En consecuencia, la lógica según la cual el crecimiento económico y el pluralismo político conducirían necesariamente al bienestar y la prosperidad compartidas ha dejado de regir los imaginarios políticos contemporáneos.

¿Cómo dotar a la idea de bienestar de una entidad y una presencia real en la vida cotidiana de millones de personas que, hoy por hoy, han perdido o temen perder cualquier vínculo tanto material como ideológico con ella? La gravedad de la crisis ecosocial, el replanteamiento necesario de las capacidades estatales, la creciente reacción a las transformaciones feministas, la amenaza retornada de la guerra... No bastará, en este tiempo de desorden, con que las fuerzas progresistas se atrincheren en la defensa de unos valores abstractos, ni con que confíen en encontrar una solución técnica a los problemas políticos del presente (Vogel y Hickel, 2023). El bienestar no puede postergarse porque ya no remite al tiempo, sino a una obstinada inmediatez que se ve siempre amenazada, y que requiere por tanto ser constantemente recreada. Su abordaje, en otras palabras, solo puede hacerse desde lo presente y lo concreto.

Ese ejercicio supone, necesariamente, replantear desde la raíz la cuestión distributiva. Es un hecho conocido que, a pesar de que producimos varias veces el volumen de bienes y servicios necesario para

satisfacer las necesidades fundamentales de la humanidad, a pesar de que disponemos de la capacidad económica, tecnológica y política para universalizar estándares suficientes para una vida digna, seguimos viendo cómo la vida cotidiana sigue marcada por las dificultades de acceso a necesidades básicas para grandes sectores de la población (*El País*, 2023b). A nivel global, las élites siguen acaparando una proporción obscena de riqueza y renta, sin que existan mecanismos eficaces de redistribución y circulación de la propiedad (Oxfam, 2023). Nuevas formas de pobreza, aceleradas por la crisis del coste de la vida y la inestabilidad del sistema energético, incrementan la vulnerabilidad de los trabajadores. A ello se unen las epidemias contemporáneas de salud mental, problemas endémicos de precariedad e informalidad laboral, y la persistencia de formas extremas de desigualdad de género y discriminación racial, sexual y religiosa.

Todo esto no es una suma de contingencias o factores coyunturales, sino la expresión de una lógica económica incapaz de producir estabilidad social o, dicho de otra forma, de un desbalance estructural en la economía política contemporánea. Esto tiene a su vez enormes consecuencias para la forma en que abordamos y percibimos los efectos contemporáneos de las políticas de bienestar. Incluso en las regiones del planeta que más esfuerzos han realizado por construir sistemas de redistribución fiscal, de hecho, las políticas públicas asociadas al concepto de bienestar buscan siempre estabilizar, mitigar y corregir los desequilibrios generados por una actividad económica que no persigue otro objetivo que la maximización del beneficio privado, en el menor tiempo posible, sobre la

premisa de una disponibilidad infinita de recursos (Piketty, 2022). En otras palabras, la función de la economía es buscar el crecimiento perpetuo; la de la política, intervenir después para corregir sus excesos y producir bienestar social.

La aceleración de las transformaciones geoeconómicas en curso, sin embargo, ha puesto de relieve que esa lógica es insostenible no solo a futuro, sino en el presente también. No es suficiente, en otras palabras, con intervenir *después* para reequilibrar, compensar y estabilizar los desajustes de un sistema económico que, hoy por hoy, es incapaz de resolver las tensiones ecológicas, geopolíticas y sociales que él mismo ha desatado y que no cesarán su curso. Para hacer frente a la inestabilidad social y a la extendida sensación de malestar que hoy acecha a nuestras sociedades, es necesario actuar *antes* de que el daño esté hecho. Eso quiere decir abordar desde la raíz el hecho persistente e inaceptable de la inseguridad social, y asumir que la concepción del *bienestar como compensación* es insuficiente, limitada y llega siempre demasiado tarde.

Herramientas para pensar la crisis eco-social

El desafío que tenemos por delante consiste en concebir sistemas de bienestar verdaderamente sostenibles, es decir, capaces de redistribuir no solo mediante la remediación o la corrección de las desigualdades creadas por la actividad económica, sino mediante el desarrollo mismo de esa actividad. A su vez, esto implica una profunda transformación de las premisas y los objetivos de la política económica, que debe pasar a perseguir un doble objetivo: abordar de manera eficaz la emergencia

ecológica, y preservar a la vez la idea de bienestar que sirve como base social de nuestras democracias. Solo cumpliendo ese doble objetivo podremos estabilizar la vida económica, social y política en tiempos de incertidumbre e inestabilidad.

Hoy sabemos con certeza que esa reordenación de las actividades económicas —de todo el espacio contenido entre el suelo social de los derechos económicos y sociales, y el techo ecológico de nuestros recursos disponibles— no será el fruto de una evolución instintiva de las fuerzas del mercado. Por el contrario, requiere de una importantísima capacidad de planificación y racionalización política, lo que implica a su vez de amplios consensos sociales sobre los que apoyarse. Sin duda, la tarea es compleja, pero desde una perspectiva democrática, es también inesquivable.

Uno de los primeros obstáculos en ese camino tiene que ver con una cierta carencia, o insuficiencia, relativa a las herramientas técnicas y conceptuales disponibles para desarrollar nuevos paradigmas del bienestar (y para traducirlos en políticas públicas a continuación). En las últimas décadas, por ejemplo, ha habido una tendencia a abordar la desigualdad, la pobreza y la precariedad como fenómenos más o menos paralelos o separados. Podríamos decir que la desigualdad se ha entendido principalmente desde una perspectiva cuantitativa, netamente economicista: el principal objetivo de los científicos sociales ha sido en consecuencia desarrollar las herramientas para medirla. Como tal, en tanto que entidad métrica, la desigualdad se ha convertido por ejemplo en un prisma para entender los efectos de la globalización sobre la política nacional e internacional

(Milanovic, 2016), aunque ese proceso también ha implicado que se dedique mucha menos atención a sus otras dimensiones culturales, sociales o simbólicas.

Mientras tanto, podría decirse que la pobreza se ha abordado sobre todo desde un marco pragmático: el objetivo de su eliminación se presentaba como una tarea eminentemente técnica, a menudo desvinculada de las causas estructurales que la producen y reproducen incluso en el seno de las sociedades más ricas (Reed, 2023). Es curioso que ese marco de inspiración tecnocrática se haya inspirado de metáforas médicas o farmacológicas, tratando la pobreza como una condición a erradicar, o por lo menos a aliviar, sin desarrollar, en este caso tampoco, muchas de sus conexiones con otros procesos y fenómenos sociales paralelos. Ese enfoque contrasta con el estatus que ha asumido el concepto de precariedad en los debates académicos y sociales. Con un vuelo conceptual más amplio, la noción de precariedad ha sido abordada a menudo desde perspectivas filosóficas, sociológicas o antropológicas, como la expresión de una condición propia de las sociedades contemporáneas, en contraposición a la estabilidad propia de las sociedades keynesianas y fordistas (Moruno, 2018).

Pese a la indudable riqueza de estos análisis, sin embargo, en todos estos años hemos tenido grandes dificultades para pensar estos tres fenómenos en su interrelación, no tanto como relaciones lineales o de causa-efecto, sino como caras de una figura compleja, como expresiones diferentes de los mismos procesos socioeconómicos. A menudo se arguye que las dinámicas de hiper-especialización propias de la

academia contemporánea conducen a este tipo de problemas: terminamos encerrados en los silos conceptuales propios de una disciplina concreta, perdiendo por el camino visiones de conjunto y perspectivas más amplias, y limitando las posibilidades de la conversación pública al respecto.

Sea como fuere, es un hecho que hoy en día nos faltan indicadores adecuados para medir la interconexión de las distintas causas del malestar social contemporáneo, así como una perspectiva socio-ecológica de sus impactos. Tanto en el ámbito de las políticas públicas como en el debate político y social, carecemos de conceptos y medidas eficaces para incorporar a nuestra definición del bienestar la calidad de vida, la sostenibilidad, la disponibilidad de tiempo, la equidad y justicia intergeneracional, etc. Carecemos de lo que la economista Kate Raworth llama una *forma de progreso* para imaginar ese horizonte de bienestar alternativo (Raworth, 2018). En ausencia de las herramientas y las palabras con que nombrar esa perspectiva de conjunto, la tarea de imaginar horizontes políticos alternativos se hace más ardua y difícil de transmitir y valorar.

La buena noticia es que una nueva efervescencia ideológica y teórica está intentando colmar ese vacío. Desde distintas disciplinas y discursos, cada vez hay más aproximaciones a esa idea de horizonte alternativo, más propuestas, más ambición y solvencia para pensar una salida democrática a la crisis eco-social. Esto se traduce en cosas muy concretas: un modelo productivo físicamente viable, y una verdadera justicia fiscal para sostenerlo. Una distribución más equitativa y justa de la riqueza y de la renta. Una reducción del tiempo de

trabajo, una liberación del tiempo, que asuma la necesidad de formalizar, dignificar y articular redes de provisión de cuidados esenciales. Bienes y servicios públicos universales y la infraestructura necesaria para proveerlos. En definitiva, un Estado eco-social para el siglo XXI, basado en una noción amplia del bienestar, en nuevas formas de seguridad social y en el control democrático sobre recursos escasos, para adaptar la vida a este tiempo de emergencias.

Sin duda, el desafío es grande: necesitamos nada menos que elaborar una forma nueva del contrato social. Pero creo que no hay atajos ni alternativas a esa tarea. Ni el fatalismo ni la política del miedo servirán para apuntalar las convicciones democráticas. No se trata por tanto de movilizar en

torno a la amenaza de un futuro catastrófico, ni tampoco en la defensa de un orden imperfecto. Se trata de ofrecer una fuerza mayor y contraria a esos afectos: un horizonte de bienestar y certidumbre, una idea creíble de vida mejor, que pueda interpelar con credibilidad a las mayorías sociales de nuestro tiempo. Se trata de demostrar que es posible afrontar los problemas que tenemos por delante y a la vez aspirar a una vida digna, libre y plena. Que no tenemos que renunciar para ello a nuestros derechos sino todo lo contrario, que tenemos derecho a esa existencia mejor. Que las demandas e insatisfacciones presentes tienen una respuesta política y colectiva. Se trata de construir la certeza de que esa vida mejor es posible, y de que construirla es una responsabilidad común.

Conclusiones

- El auge de movimientos antidemocráticos es inseparable de la crisis del bienestar como realidad material e ideológica de las sociedades contemporáneas.
- Esa crisis tiene causas profundas: climáticas, geopolíticas, económicas y sociales. Abordarlas requiere replantear la escala de intervención pública en la economía, un cambio de paradigma que supere la idea del bienestar por compensación.
- El afianzamiento de ese paradigma implica desarrollar nuevos conceptos, indicadores y objetivos con los que concebir, abordar y orientar las políticas económicas y sociales.
- Cualquier programa económico que aspire a abordar las causas profundas del malestar eco-social contemporáneo debe ir acompañado de una producción ideológica y cultural capaz de resignificar la idea de bienestar, para sostener en torno a ella un horizonte democrático creíble, solvente y ambicioso.

Referencias bibliográficas

BROWN, W. (2019): *Estados del agravio*, Madrid, Lengua de Trapo.

CHARBONNIER, P. (2022): “En el interregno climático: escenarios para una política de la Tierra”, *Le Grand Continent*. Disponible en: <https://legrandcontinent.eu/es/2022/08/26/en-el-interregno-climatico-escenarios-para-una-politica-de-la-tierra/>.

EL PAÍS (2023): “Negar las alarmas, dudar de los datos y los expertos: por qué la derecha recela de la ciencia”, 19 de septiembre. Disponible en: <https://elpais.com/ciencia/2023-09-12/negar-las-alarmas-dudar-de-los-datos-y-los-expertos-por-que-la-derecha-recela-de-la-ciencia.html?>

— (2023b): “Margarita León, politóloga: No somos capaces de garantizar las necesidades más básicas a buena parte de la sociedad”, 8 de septiembre. Disponible en: https://elpais.com/cultura/2023-09-08/margarita-leon-politologa-no-somos-capaces-de-garantizar-las-necesidades-mas-basicas-a-buena-parte-de-la-sociedad.html?ssm=TW_CC.

GABRIEL, R.D., KLEIN, M. y PESSOA, A.S. (2022): “The Political Costs of Austerity”. Disponible en: <https://ssrn.com/abstract=4160971>.

GERBAUDO, P. (2021): *The Great Recoil*, Londres, Verso.

GHIRETTI, F. (2023): “From opportunity to risk: The changing economic security policies vis-à-vis China”, *Merics*. Disponible en: <https://merics.org/en/report/opportunity-risk-changing-economic-security-policies-vis-vis-china>

FERRAJOLI, L. (2022): *Por una Constitución de la Tierra*, Madrid, Trotta.

FINANCIAL TIMES (2023): “How Biden's climate law is charging US green spending and provoking Europe”, 26 de enero. Disponible en: <https://www.ft.com/content/6d43e8be-9b93-4430-b4d7-fe74fafa2835?sharetype=blocked>.

LATINOBARÓMETRO (2023): Informe LatinoBarómetro 2023: La recesión democrática de América Latina.

HICKEL, J. (2023): Intervención en el panel “Limits to growth. Where do we stand and where do we go from here?”, Beyond Growth Conference, Bruselas. Disponible en: <https://www.beyond-growth-2023.eu/lecture/opening-plenary-limits-to-growth/>.

MACKENZIE, K. y SAHAI, T. (2023): “Global Boiling”, *The polycrisis*, Disponible en: <https://www.phenomenalworld.org/analysis/global-boiling/>.

MILANOVIC, B. (2016): *Global Inequality: A New Approach for the Age of*

- Globalization*, Cambridge, Harvard University Press.
- MILWARD-HOPKINS, J. (2022): “Inequality Can Double the Energy Required to Secure Universal Decent Living”, *Nature*, 13, 5028.
- MORUNO, J. (2018): *No tengo tiempo. Geografías de la precariedad*, Madrid, Akal.
- NORMAL SMITH, D. y HANLEY, E. (2018): “The Anger Games: Who Voted for Donald Trump in the 2016 Election, and Why?”, *Critical Sociology* 44: 2.
- OXFAM (2023): “La ley del más rico”, Informe sobre desigualdad global. Disponible en: <https://www.oxfam.org/en/research/la-ley-delmas-rico>.
- PIKETTY, T. (2022): *A Brief History of Equality*, Harvard University Press.
- PEDERSEN, J.S. (2019): “A Conversation with Bruno Latour and Nikolaj Schultz: Reassembling the Geo-Social”, *Theory, Culture & Society*, 36: 7-8.
- RAWORTH, K. (2017): *Doughnut economics: seven ways to think like a 21-century economist*, Londres, Chelsea Green Publishing.
- RODRIK, D. (2017): “Populism and the Economics of Globalization”, *National Bureau of Economic Research*, Working Paper Series.
- REED, A. (2023): “How inequality was re-dressed as poverty - letting capitalism off the hook”, *The Nation*. Disponible en: <https://www.thenation.com/article/society/inequality-poverty-unemployment-johnson/>.
- TOOZE, A. (2022): “Welcome to the world of the polycrisis”. Disponible en: <https://adam-tooze.com/2022/10/28/welcome-to-the-world-of-the-polycrisis/>.
- VOGEL, J. y HICKEL, J. (2023): “Is green growth happening? An empirical analysis of achieved versus Paris-compliant CO₂-GDP decoupling in high-income countries”, *The Lancet*, 7: 9. Disponible en: [https://doi.org/10.1016/S2542-5196\(23\)00174-2](https://doi.org/10.1016/S2542-5196(23)00174-2).



Fundación Carolina, diciembre 2023

Fundación Carolina
Plaza del Marqués de Salamanca nº 8
4ª planta, 28006 Madrid - España
www.fundacioncarolina.es
@Red_Carolina

https://doi.org/10.33960/AC_19.2023

La Fundación Carolina no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los textos firmados por los autores y autoras que publica.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

